



AÑO DE GRACIA.

JESUCRISTO: AYER, HOY Y SIEMPRE

DESDE MI RINCÓN

José Avilés González



El Año Jubilar

toca

a su fin.

El Año Jubilar toca a su fin y se abren –ahora sí– las puertas del Tercer Milenio, lleno de expectativas, preñado de futuro, henchido de deseos de cambio y novedad. Pero, no lo fiemos tan largo: es la hora –hoy, ya– del estreno, de vestimos el traje de faena –el del Maestro, el del que ha venido a servir– y comenzar –otra vez, siempre– a llenar de contenido el caudal incontenible de nuestras más secretas esperanzas. El guión habrá de escribirlo cada uno; éstas que siguen son sólo unas notas sueltas recogidas apresuradamente y sin orden –como las últimas flores de otoño, al abrigo aún de las primeras heladas– que preludian ya músicas de Adviento y apuntan al canto coral de la humanidad ante el misterio de la Encarnación.

1. Descubrir y valorar el soplo divino que alienta en cada vida, en toda vida, para poner, por encima de las diferencias que nos limitan y empobrecen, la fraternidad fundamental que nos da sentido y confianza, que unifica y fortalece nuestra existencia.

2. Santificar la libertad que, en palabras de nuestros clásicos, es “patrimonio del alma” y “el mayor don que a los humanos dieron los cielos” y sacrificarla sólo en aras del amor auténtico.

3. Peregrinar a las fuentes: de la Palabra que engendra la verdad; de la amistad que no falla, a pesar del tiempo y la distancia, más allá del beso y el abrazo, olvidados tal vez el rostro y la mirada; de la paciencia que todo lo alcanza, de la inocencia que todo lo renueva y purifica.

4. Tener tiempo, pero no custodiado inútilmente entre las manecillas del reloj, sino sabiamente repartido en varias cuentas que nos permitan reír y llorar, gritar y emocionarnos.

5. Ser conscientes, estar despiertos: dejarnos llenar de espíritu nuevo; hacer hueco a la sorpresa y al milagro de lo que está por venir, sin descuidar la urgencia de lo inmediato, la belleza de lo efímero, la densidad del instante.

6. Caer en la cuenta de nuestra condición: somos únicos e irrepetibles en nuestra debilidad manifiesta; poco inferiores a los ángeles en gloria y dignidad, capaces de imaginar el nombre de las estrellas y de oír el latido del corazón del mundo.

7. Derribar los muros que el miedo, la ignorancia, la desconfianza –sentimientos que no nos son ajenos– mantienen apuntalados frente a los otros y poner en juego el lenguaje universal del gesto acogedor, de la mirada reconciliadora, de la sonrisa sin doblez, como las mejores embajadas que podemos enviar a quienes nos rodean. Sólo así será posible suprimir paulatinamente las aduanas de la mente y las fronteras del corazón.

8. No cesar en el empeño cotidiano de dar razón de nuestra fe. No primar la bolsa sobre la vida, ni el poder sobre la dignidad, ni el bienestar de unos pocos sobre la justicia global. No resignarnos a sobrevivir en un mundo caduco que alquila sensaciones, construye hogares de cartón-piedra, promociona valores a la carta, ignora la ternura y desprecia el Misterio que nos inquieta y nos sustenta.

